

## XV.

En el que se refiere una conversacion que tuvieron D. Frutos Delgado y Doña Inés de Medina.

A Audiencia esperó en vano la llegada del equipaje de D. Antonio de Benavides, en el que debian venir los papeles que se necesitaban para comenzar el proceso.

Los oidores querian tener aquellos papeles en su poder, con objeto de quitar al marqués de San Vicente todos los medios de defensa y al virey todo pretesto de proteccion.

El dia trascurrió sin que el equipaje llegara, y ya cayendo la tarde entró por la calzada de Guadalupe un piquete de soldados, que sobre dos mulas aparejadas de carga traian dos cadáveres.

D. Frutos tuvo la noticia del acontecimiento, y estuvo á punto de enfermar de la cólera; aquel robo á su parecer habia sido dirigido por el virey y ejecutado por sus agentes.

Reuniéronse inmediatamente los oidores y determinaron dictar providencias para averiguar quiénes habian sido los culpables de aquel atentado, pero sin descubrir sus sospechas al virey.

D. Frutos en medio de la grande agitacion de su espíritu tuvo una idea luminosa; recordó que D<sup>a</sup> Inés de Medina habia dicho al virey que á ella le era fácil descubrir la conspiracion que se tramaba; ella, pues, debia saber algo; y á ella era prudente dirigirse.

D. Frutos subió en su carroza y se hizo conducir á la casa del marqués de Rio-florido.

El marqués estaba como siempre retirado en su aposento, porque no habia llegado aún la hora de la tertulia, y D<sup>a</sup> Inés recibió al oidor.

—¿Y á qué debemos la honra—dijo—de ver á su señoría en esta su casa?

—La honra recíbola yo, señora, al ponerme á las plantas de vuesa merced, y aprovechar esta oportunidad para hablarla á solas, si me concede para ello su vénia.

—Puede mandar su señoría.

—Mandar nunca podria á quien me honrara en obedecer.

—Gracias.

—Pues es el caso, señora, que vuesa merced ha dicho al señor virey que podria presentarle datos seguros acerca de la conspiracion que aquí se trama contra los sagrados derechos de S. M. (Q. D. G. )

El oidor saludó.

—Sí, señor oidor.

—Y supongo que en esto guía á vuesa merced el amor á su rey y el deseo de hacer un buen servicio.

—Ciertamente, señor.

—Pues vista esa buena voluntad, y en atencion á que vuesa merced es una dama discreta y noble; considerando que se la puede fiar un secreto, considerando que conviene

fiársele para que esté preparada, y finalmente, en urgencia del caso determiné venir, y vine á ver á vuesa merced para decirla que á mi juicio el virey es el principal apoyo con que cuentan en México los conspiradores.

—Tal habia yo entendido, y por lo mismo no habia vuelto á palacio, que comprendo que solo en la real Audiencia puede tenerse confianza en estos momentos.

—Efectivamente, señora, y pues estamos conformes de toda conformidad, quiero referir á vuesa merced lo últimamente acontecido para ver si vuesa merced, que con tales noticias cuenta y tan buen deseo tiene de servir á S. M., puede averiguar algo en este punto.

—¿Qué ha pasado?

—Señora, la Audiencia esperaba las cajas del equipaje del marqués de San Vicente, en las cuales debian venir unos papeles importantes para la prosecucion de su causa; pero esas cajas conducidas por soldados de S. M., han sido robadas en el camino.

—¿Robadas? y ¿cómo, señor?

—Hé aquí lo que me ha referido el oficial: á poca distancia de San Juan Teotihuacan caminaba al amanecer la escolta conduciendo las cargas, cuando repentinamente de un recodo del camino salió una partida de hombres enmascarados, caballeros en soberbios corceles, y se arrojaron sobre la escolta. El oficial y los soldados se defendieron bizarramente; el combate fué largo y sangriento; pero el número triunfó de la lealtad, y los soldados tuvieron que abandonar las mulas y retirarse á México, pudiendo conseguir á penas traer los cadáveres de dos de sus compañeros muertos gloriosamente en el combate.

—Pero eso es escandaloso.

—Lo es á tanto grado que me sospecho que el virey tiene parte en todo ello.

—Prometo á su señoría averiguarlo.

—¿Y cuándo, señora? porque hará en esto vuesa merced un distinguido servicio á S. M.

—Pasado mañana en la noche espero dar una puntual noticia á su señoría.

—¿Pasado mañana? es mucho tiempo.

—No es posible hacerlo antes.

—Bien; será como vuesa merced quiera, señora, con tal que sea el resultado satisfactorio.

—Lo procuraré; por ahora ruego á su señoría que se retire, porque mi padre no debe tardar en salir, y deseo que su merced ignore absolutamente que yo estoy mezclada en estos asuntos.

—Comprendo, señora: ¿y á qué hora podré hablar con vuesa merced pasado mañana?

—A esta misma hora; yo estaré pendiente para recibir á su señoría.

—Beso los piés de vuesa merced, mi señora—dijo el oidor despidiéndose.

—Beso la mano de su señoría—contestó D<sup>a</sup> Inés.

El oidor se retiró y una hora despues la dama conversaba en la tertulia de su padre con la mayor tranquilidad.

El Señorito no faltó; y D<sup>a</sup> Inés le indicó por medio de frases ambiguas, que la beata tertuliana no comprendia, la necesidad en que estaba de hablarle aquella noche á las doce.

El Señorito la contestó del mismo modo que no faltaria, y la tertulia se disolvió á la hora de costumbre.

Nuestros abuelos sufrían con gusto la tiranía del método:

el supremo dictador era el reloj, y el calendario era una especie de primer ministro.

A la una habian de comer, aunque no tuvieran hambre, y hasta la una se servia la comida, aunque desde las once sintieran necesidad de tomar alimento.

Lo mismo era en el sueño, y en todo lo demás: el reloj, el método.

Dias de la semana habia en que *les tocaba* rasurarse, y no adelantaban aquella operacion, veinticuatro horas por ningun motivo; de aquí la costumbre de hacer casi dias de fiesta los juéves en aquellos tiempos; porque jeneralmente los saraos y los convites se fijaban para los juéves y los domingos, por ser dias en que *les tocaba* rasurarse.

Habia sus escepciones entre los jóvenes, pero eran escepciones.

La tertulia del marqués de Rio-florido se retiró á la hora de costumbre, y D. Manuel de Medina y su hija se encerraron en sus habitaciones.

Cerca ya de las doce de la noche, D<sup>a</sup> Inés salió de su aposento y deslizándose sin ruido, como una sombra; llegó hasta la puerta que caia al canal y esperó allí de pié aplicando el oido á los batientes para percibir mejor cualquiera ruido que hubiese por la parte del canal.

Sonaron las doce, y á la primer campanada D<sup>a</sup> Inés introdujo la llave en la cerradura con mucho cuidado; pero no la hizo jirar, y sin apartar de ella la mano volvió á ponerse en observacion.

Así pasaron dos ó tres minutos; por fin, el ruido del agua azotada por unos remos y el lijero choque de una canoa contra la escalinata de la puerta se escuchó entre el profundo silencio que reinaba.

D<sup>a</sup> Inés, haciendo un esfuerzo para impedir que sonara la cerradura, dió vuelta á la llave y abrió.

En el mismo instante el Señorito llegaba á la puerta.

Todo aquello estaba tan bien calculado y combinado, que todo habia pasado en un momento.

La puerta volvió á entornarse; D<sup>a</sup> Inés volvió á cerrar con llave, y enlazando con sus torneados brazos el cuello del Señorito que casi la llevaba en el aire levantándola por la cintura, llegaron á sentarse bajo el cobertizo del patio.

—Quiero que me cuentes una cosa, dueño mio—dijo D<sup>a</sup> Inés al Señorito, despues que habian pasado un largo rato en caricias y requiebros.

—Habla, vida de mi vida—contestó el jöven—¿qué puedes desear que no sea para mí una ley suprema?

—Dime, bien mio: ¿sabes quién quitó á la escolta, el equipaje del marqués de San Vicente?

—Sí, mi bien: algunos de los comprometidos.

—¿Y qué hicieron de unos papeles que allí venian?

—Escúchame, los papeles los tomó uno de los jefes.

—¿Y qué hizo de ellos? ¿adónde los tendrá?

—Yo supongo que los dejó depositados en la casa de una dama que vive en la calle del Reloj, enfrente de la casa de D. Lope de Montemayor, porque yo le acompañé hasta esa casa y le esperé hasta que volvió á salir de ella; no sé lo que allí hizo, pero cuando salió advertí que no llevaba ya los papeles, por lo que infero que esa dama los guarda.

—¿Y sabes cómo se llama esa dama?

—Solo sé que se llama D<sup>a</sup> Laura: es una mujer misteriosa que jamás sale á la calle, y viste siempre de luto.

—La conozco: y dime, Guillen, ¿podriamos contar con cinco ó seis hombres resueltos para una empresa?